

NOVELA

# EL DIEZ DE LA HERRADURA

GITANO



DANIIL BELYAKOV



**BELYAKOVBOOKS**  
PUBLISHING

El Diez de La Herradura. Gitano

© Daniil Belyakov, 2021

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-9945-09-876-1

Editor Literario: Rafael J. Rodríguez Pérez

Ilustrador: Alexey Lapin

Fotógrafo: Pavel Belyakov

Diseñador: Anastasia Belyakova

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del autor, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

Todos los derechos reservados.

[www.belyakovbooks.com](http://www.belyakovbooks.com)

NOVELA

# **EL DIEZ DE LA HERRADURA**

GITANO

DANIIL BELYAKOV

*Dedico este libro a todas las personas  
que alientan a otras a luchar por sus  
sueños, como me alentaron a mí para  
volver realidad el mío.*

La puesta del sol estaba en su último suspiro sobre Caracas. Poco a poco, los rayos perdían fuerza y cedían lugar a los millares de luces de la capital, pero aún alcanzarían a iluminar la conclusión del partido de fútbol que se libraba en el viejo polideportivo El Paraíso; un enfrentamiento entre chamos de quince y dieciséis años que parecía definir la vida o la muerte para ellos. Había algo más por el medio —un sueño—, y ninguno de los equipos dio el brazo a torcer hasta finalizar el tiempo regular.

El pitazo final detuvo la desesperación del 0:0, y la tensión de los penales cubrió el estadio como una nube negra. Exhaustos, los fanáticos —familiares y amigos— recuperaban fuerzas para el clímax de sufrimiento, mientras los jugadores se arrojaban al suelo alrededor de sus banquillos. “¡Un minuto!”, dijo el colegiado, señalando el cielo, rojizo por el atardecer. Los entrenadores no necesitaban más para seleccionar a sus mejores tiradores y darles el último empuje de motivación a sus chicos, que sabían perfectamente lo que estaba en juego.

Ahora, uno por uno, se dirigían, nerviosos, hacia el encuentro a solas con el portero rival, y regresaban aliviados de cumplir la tarea, acompañados por los gritos de los suyos, que se dejaban la garganta festejando cada balón que entraba en la red.

Era uno de esos partidos que se juegan hasta el primer error, y le tocó a uno de los amarillos. El chico perdió su duelo contra el temor a fallar, y sentenció a su equipo con un disparo desmedido por encima del arco. A los de rojo vino, que saltaron enloquecidos, viendo la gloria cerca, les quedaba un tiro. Le tocaba a Héctor, su capitán, motor del mediocampo, el mejor jugador y el alma del equipo.

Había mucho valor en ese jovencito mestizo. Lo decía su postura erguida, mirada fija, y sus gestos, que denotaban un líder. El brazalete lumínico de capitán y el número “10” pintado en la espalda, solo subrayaban su esencia. Pero hasta él tenía miedo. Todo estaba en sus manos ahora, mejor dicho, en sus pies, en su pierna izquierda. Un gol, y el club de toda su vida, por primera vez, participaría en la Liga Nacional Juvenil.

Solo Dios sabe cuánto amor albergaba este joven en su corazón por el escudo en el pecho, que lo acompañaba en sus mejores aventuras dentro del rectángulo de juego hacía ya diez años. Si bien, una obra simplona de diseño gráfico, era un símbolo de trabajo, lucha, unión, y de tantas cosas que el chico no podía describir con palabras... Solo los miembros de aquella gran comunidad podrían comprenderlo.

Su corazón quería saltar afuera mientras se dirigía al punto penal. Sentía una enorme responsabilidad ante el esfuerzo común de sus compañeros y dirigentes, que los había llevado hasta allí. Ahora, solo había que marcar ese penal para obtener el merecido por todos triunfo.

Ya en posición, dio un gran suspiro. El portero y los fanáticos rivales intentaron provocarlo, pero Héctor ni siquiera los escuchó. Solo veía el balón y el arco. “Por abajo a un lado, a lo seguro. A la derecha”.

Tomó buen impulso para dirigir el balón con fuerza. Silbatazo del árbitro. Un silencio sepulcral reinó antes del disparo, y se

rompió con el zumbido potente del poste, digno de un infarto. El tiempo se detuvo para Héctor y su equipo en esa milésima de segundo, pero la redonda rebotó hacia adentro. Estaba hecho.

Maravilloso recuerdo. La felicidad más genuina que jamás logró experimentar en el fútbol: ver a sus compañeros, amigos de toda la vida, correr hacia él para aplastarlo en un festejo al borde de la locura. No podía parar de llorar, su corazón latía a triple velocidad de lo normal, asustado aún por ver la pelota pegar en el tubo. Pero la caprichosa estuvo aquella tarde a su favor, y nadie podía arrebatárles su histórico logro.

\* \* \*

Héctor era apenas uno de quinientos mil adolescentes obsesionados con el fútbol en Venezuela, y se sentía en la cima del mundo liderando el equipo de su barrio. Lo hacía sentir mejor dentro de su vida llena de privaciones, en un país de mala muerte, donde un padre de familia, trabajando en la calle, puede desaparecer de la noche a la mañana sin ningún rastro. Héctor y su hermano mellizo, Marcel, no lo recuerdan —tenían dos años—, pero su hermana Alicia tenía ocho y nunca va a olvidar a su papi, porque nunca hubo nada en su vida que reemplazara su lugar. A la madre, Ana, le tocó ser fuerte y asumir toda la responsabilidad por sus hijos, y a ellos, aprender a valerse por su cuenta desde muy corta edad.

Ana y Felipe se conocieron en La Guaira, ciudad natal de ella, pero Felipe se la llevó a Valencia y se casaron sin haber cumplido ella sus dieciocho y él sus veinte. Ana no perdonó que su padre se volviera a casar un año después de enviudar. La muerte de su mamá, durante su adolescencia, la tocó muy duro; se volvió rebelde, y empeoró cuando el santuario fue ocupado por una mujer extraña. Quizás por eso, después de la desaparición de Felipe, nunca se interesó por otro hombre. Ella solo comprendía la posibilidad de un amor en la vida.



El destino de su esposo nunca fue revelado, lo cual fue su cruz a lo largo de los años. No podía solo asumir que lo habían matado o él mismo había escapado, dejándola sola con tres niños. Necesitaba saber, pero nunca se enteraría. La duda y el mal sentir de injusticia envenenaron su alma, y solo le quedaba arrojarlo alrededor, mientras se sedaba con inmensas dosis de trabajo.

La desquiciada madre de Felipe la culpó en todo y la echó de la casa con los hijos. No hubo otra opción que mudarse a la capital, donde su hermano menor, César, recién había montado un taller de reparación de autos y estaba en condiciones de ayudarla por un tiempo. Toda la familia se ubicó en una pequeña habitación que él rentaba, hasta que los niños crecieron y Ana pudo asumir sus gastos.

Se mudaron al edificio de enfrente, en el mismo barrio; pronto, César se casó. Para esa época, el negocio costurero que Ana había emprendido, y que promocionó en sus turnos nocturnos como taxista, creció de tal modo que necesitó rentar un local en una plaza y contratar a dos ayudantes, hermanitas huérfanas, que la acompañaron fielmente a través de los años.

Alicia asumió el rol de ama de casa y madre de sus hermanitos. Desde pequeña aprendió todo lo que debe saber hacer, en la cultura machista, una mujer. No tenía sentido resistirse porque su mamá se estaba sacrificando en la calle, cumpliendo sin cesar el rol de papá. Lamentablemente, Alicia no pudo disfrutar de una infancia y adolescencia plenas. Nunca tuvo muchas amistades porque tenía que estar pendiente del hogar, y rara vez recibió alguna recompensa, al menos afectiva, por todo su esfuerzo. Lo mismo pasaba con su mamá; nadie da lo que no tiene.

Héctor y Marcel fueron manejables para Alicia hasta cierta edad, y de hecho, Marcel continuó relativamente manso, pero Héctor, con su creciente ansiedad por salir de las cuatro paredes, la volvía loca. Cuando Héctor cumplió cinco años, la mamá decidió apuntarlo en el club de fútbol del barrio. Sabía que la calle estaba

peligrosa, pero, a veces, se preguntaba si no era más peligroso tener a Alicia y a Héctor en el mismo sitio. César apoyó la iniciativa y se ofreció a llevarlo. Resultó que el entrenador, un joven amable, era su vecino, y el problema se resolvió solo: todos los días Héctor se iba con el profe Fernando a su lugar favorito; érase una vez, un solar abandonado.

No era precisamente el lugar preferido de la madre y la hermana, pues el jovencito regresaba de ahí vuelto un desastre, por la abundante arena en el campo. Lavar su ropa se convirtió en el oficio más difícil de la casa. Y ni se diga de las cortadas por las caídas; de este modo, Alicia aprendió a usar casi todo lo que había en el botiquín. Aparte de la arena, la cancha estaba llena de piedras, y Héctor, desde pequeño, prefería revolcarse en el suelo antes que ceder un balón y admitir que uno de sus compañeros era mejor que él.

El club de fútbol era una necesidad del barrio. La mayoría de sus residentes se rompían el lomo trabajando todo el día, y preferían que sus hijos estuvieran con un adulto, cerca de la casa, que solos y encerrados, o sueltos y mal acompañados. La cancha no era muy grande, pero los entrenadores hacían que rindiera y ningún niño que le gustara el fútbol se quedara sin jugar. En las noches, después del trabajo, les tocaba botar el golpe a los adultos, desde que el padrino del club, David Herald, se adelantó una vez más a las autoridades locales y les donó un set de luces.

Hermano menor de uno de los fundadores del club, llegó a nivel profesional, debutando en Primera División con el Marítimo en la temporada de su desaparición. Luego de esta, desarrolló una digna carrera en Colombia. El joven utilizó bien el dinero que ganó en su recorrido de futbolista y arregló los mecanismos para financiar su club de origen a largo plazo, con lo más básico. El equipo adulto nunca se elevó por encima de ligas inferiores de la ciudad, pero ese nunca fue el objetivo del mecenas, sino dar a los niños de la comunidad un chance de ser felices en medio del caos

que era su país y, tal vez, que alguno pudiera sobresalir y repetir su camino de profesional.

La figura paterna que Héctor no tuvo se dispersó en mucha gente. Su mamá traía el pan de cada día a la casa. Su tío trataba de seguirle el ritmo al crecimiento de los sobrinos y ayudarle en lo que necesitasen. Jorge, su abuelo materno, que vivía en La Guaira, también lo quería mucho, y compartía su afición por el fútbol. En su juventud él también jugaba, no obstante, con el nacimiento de Ana, no hubo más tiempo para juegos.

Pero con ninguno de ellos Héctor pasaba tanto tiempo como con sus entrenadores, sobre todo el profe Fernando, que asumió el reto de ascender, año tras año, con el buen grupito que formó con los nacidos entre el 1997 y el 98, cuando tenían apenas cinco y seis años. Decía que había mucho talento innato en ese equipo, y que algún día se darían a conocer.

Todo lo que Héctor aprendió sobre la vida, lo hizo con un balón en los pies. Cuando él peleaba con otros niños o hacía algo malo, Fernando no le reprochaba, simplemente lo privaba de lo máspreciado —no lo llevaba al entrenamiento—, hasta que recapacitara; al final, el crío siempre tenía que pedir perdón a sus amigos y corregir la conducta. Cuando se volvía arrogante —pues desde pequeño se destacaba—, Fernando lo subía de categoría, y aquel regresaba llorando porque los grandes se encargaban de darle su lección. Héctor aprendió lo que era el compañerismo, el trabajo en equipo, la disciplina, el valor del esfuerzo, y se divirtió todos los días que pisó esa cancha de arena y piedra.

Le costaba mucho más divertirse en la escuela. Al inicio fue muy entusiasta y tenía una gran sed de saber y participar, pero soportaba con dificultad que el astro de la clase siempre fuese su hermano. Un muchacho pacífico y moderado —todo lo contrario de Héctor—, se comportaba como un académico desde niño. Parecía mentira que hubiesen nacido apenas con cinco minutos de

diferencia. No obstante, Marcel también se había interesado en jugar fútbol una vez, pero en el primer choque con su hermano se dio un tremendo revolcón en la Arena Stadium —el primero y el último—, y prefirió quedarse en la casa al otro día, para complacencia de su madre y su hermana.

El acuerdo con ellas consistía en asegurarle alguna actividad a puerta cerrada, y la mamá lo abasteció de libros. Leer era un hábito común de la familia, tal vez porque todos estaban hastiados de ver la televisión de Chávez, igual en el barrio siempre había problemas con la electricidad. La biblioteca no quedaba tan lejos y su mamá siempre trataba de pasar por ahí antes de llegar a la casa. Con el tiempo, Marcel se volvió una enciclopedia andante, y él y su hermano ya no cabían dentro de un aula. El sentido de competencia de Héctor y una pizca inevitable de soberbia intelectual de Marcel, provocaban conflictos, que ellos, niños al fin, aún no sabían manejar. Héctor, por más que se esforzara, se sentía inferior a Marcel en ese ámbito, y prefirió capitular, convenciéndose a sí mismo de que el estudio no era para él; además, todo ese rollo diario, año tras año, de Matemáticas, Español y Sociales, le parecía mortalmente aburrido.

Tampoco ayudaba que su mamá y su hermana estuvieran en todo a favor de Marcel, que nunca provocó un problema en la casa, a diferencia de Héctor, el cuervo blanco de la familia. No era tan ordenado como los demás, le gustaba con locura su fútbol, que no agradaba a nadie más en la casa, mientras él lo situaba por encima de todo. Hasta sus gustos en la lectura eran diferentes: solo le gustaban algunos cómics y revistas de fútbol, así que se sentía excluido de las pocas conversaciones que se daban cuando todos estaban juntos. Por eso, y muchas cosas más que siempre forman parte de una familia incompleta, ya de adolescente se enamoró de la calle y apenas regresaba a comer y dormir, lo que aumentaba el malestar en el hogar. Sacaba notas horribles, no se esforzaba, y ese era

otro tema de conflicto; mientras tanto, su hermano se destacaba en distintos concursos y olimpiadas a nivel municipal y nacional, y cuando pasó a Séptimo, fue aceptado en el Liceo Caracas.

Héctor, por su parte, solo sobresalía en el fútbol. Participaba en muchos torneos representando a su club, y hasta había llegado a atraer los focos de clubes profesionales, pero nunca vio que valía la pena salir del lugar donde se sentía en familia. Sus compañeros también le fueron fieles al equipo. Además, Héctor sabía que el profe Fernando quería conservar ese grupo hasta entrar en adolescencia más avanzada e intentar ganar algún torneo importante. Era una ilusión para él y también para todos los chicos, que siempre daban la talla ante cualquier club en su categoría. Muy pocos se habían caído del equipo que Fernando inició en el 2003, y que fue marcado en agosto del 2006 por una terrible tragedia.

Gabriel y Diego, dos de los mejores amigos de Héctor, perdieron sus vidas en medio de un tiroteo cruzado entre cárteles que se dio una tarde cerca de la cancha, poco antes de iniciar el entrenamiento. Los niños iban acompañados de la mamá de Gabriel, que sobrevivió, pero quedó en silla de ruedas por el resto de su vida. Su esposo, quien siempre llevaba a Gabriel y a su vecino Diego al club, y no pudo ir esa vez, se fue con ella a su tierra natal el mismo día después del funeral de los muchachos.

Las actividades violentas del narcotráfico eran habituales en el barrio, como también ya era costumbre que en estas estuviesen involucrados jóvenes nacidos y criados en el mismo entorno. Fernando, y otros entrenadores, siempre enseñaron a sus chicos a hacer el bien, por encima de ser buenos futbolistas, a respetar la comunidad donde vivían y servir a los demás. Decían que solo con jóvenes así, Venezuela podía volverse un gran país.

Cuando Héctor cumplió dieciséis años, se tatuó en el antebrazo los nombres completos de Gabriel y Diego, a quienes nunca pudo olvidar, pues eran dinamita jugando juntos, y porque vio la escena

del tiroteo con lujo de detalles, apenas a unos cincuenta metros. Tampoco quería olvidar lo que habían hecho con él, y otros chicos, Fernando y los demás entrenadores; pero, en especial, Fernando, que rechazó en su momento varias ofertas de clubes profesionales y academias de fútbol de Caracas, y permaneció trabajando en el barrio, por una suma de dinero casi simbólica, insuficiente para llevar una vida material decente. El emblema del club y del barrio, La Herradura, Héctor lo tatuó en su pecho; en el mismo sitio donde lo llevaba la camiseta, justamente donde está el corazón.

El tiempo le enseñó muchas cosas, entre ellas, la importancia del trabajo y del dinero. A los doce años, empezó a trabajar —aunque solo era por las tardes y tres días a la semana— en el taller de su tío, que le daba una generosa propina, dentro de sus exiguas posibilidades. Una década después de creado, el taller no había avanzado mucho. César era un tipo de mala suerte hasta tirando una moneda al aire, y vivía bajo la constante amenaza de ser desalojado del local.

Héctor no tenía miedo al trabajo y, poco a poco, se fue adiestrando en las pequeñas tareas de su tío. Así podía llevar algo a la casa para que la mamá lo dejara en paz con las notas —no lo hacía, pero Héctor tenía la ilusión de que eso la consolara—, y tener un dinerito para él.

Los días de trabajo no podía entrenar con el grupo de su edad, pero jugaba con los adultos en las noches, o entrenaba solo si aquellos no reunían las fuerzas para bajar después de un día agotador de trabajo, como en muchas ocasiones. Aunque en el barrio le dijeran loco, sabía que, entrenando, se había vuelto el mejor jugador hasta de la categoría adulta, con la que empezó a jugar en la liga local y a portar el adorado “10” apenas a los catorce años. Además, tímidamente soñaba llegar a profesional y jugar algún día en la selección; eso solo lo sabía Fernando, pues Héctor siempre había escuchado de los demás que esta era una ilusión efímera, y evitaba

invocar esas palabras, ya que no siempre toleraba la miseria de mentalidad de su entorno.

Héctor y sus hermanos no se criaron en extrema pobreza, su mamá nunca se permitiría ver a sus hijos mal alimentados o mal vestidos. Afortunadamente, casi toda su ropa fue hecha por sus propias manos. Ella anhelaba sacarlos del barrio, pero Héctor se puso histérico con la idea de separarse de sus amigos. Además, en aquel tiempo, para vivir en un sitio protegido del crimen en Caracas, necesitabas algo más que un pequeño negocio costurero y pedidos baratos de otros pobres que no podían entrar a una tienda a comprar ropa. El complemento del taxi solo ayudaba a reponer las pérdidas y los meses flojos del negocio.

Pero a Héctor nunca le faltó un plato de comida en la mesa. Lo que sí le faltó, y a sus hermanos, fue una madre. Ana podía trabajar hasta dieciocho horas en un día con tal de que sus hijos no pasaran hambre, pero, en el duro proceso, perdió por completo el instinto afectivo maternal. Al llegar a la casa, no podía relajarse, disfrutar de sus hijos, hablar con ellos y hacerlos sentirse amados con gestos como un abrazo o una palabra cálida. Su energía, y el ritmo de vida que llevaba, por más que quisiera, no le permitía cumplir con todo el paquete que le reclamaban sus pichones. Estaba sola, y eso no tenía remedio desde el día en que su esposo no regresó del trabajo.

Aun cuando Alicia y Héctor empezaron a trabajar, ella nunca bajó la guardia y se mantuvo en el mismo ritmo inhumano de sacrificio incondicional por su familia. Para entonces, todo empezó a joderse aún más que antes, y trabajar más ya no solucionaba las cosas, pero, desde luego, era el único modo de vivir que conocía.

\* \* \*

Jugar un torneo como la Liga Nacional Juvenil había sido un sueño de Fernando por muchos años, durante los cuales había apostado

todo por sus chicos, con la ayuda y confianza de sus padres. Ahora, que se había hecho realidad, el momento ameritaba una gran fiesta.

La Federación de Fútbol, tratando de incentivar el fútbol base, recientemente había obligado a los clubes de Primera a pagar un cupo en la Liga a un club vecino. La Herradura no podía desperdiciar su oportunidad con la estelar sub-16 de Fernando, y participó en el torneo de repechaje junto a los otros mejores quince clubes y academias de fútbol base del Paraíso y sus alrededores. La final frente al equipo amarillo, que, se sospechaba, utilizó dos o tres jugadores fuera de edad, fue el único encuentro que no pudieron ganar por diferencia de tres goles en el torneo. El partido provocó muchos nervios llegando a penales, pero ahora la victoria era toda suya.

Carlos, el portero —objetivamente, el eslabón más débil del equipo— se jactaba de que había sido el factor decisivo en la victoria por sus movimientos de distracción e intimidación en la portería, que provocaron que el muchacho que falló la mandara a volar, pero hasta su mamá le dijo que estaba hablando mucha paja, y todos explotaron de risa, excepto Carlos, que seguía desarrollando su teoría.

La reunión se dio en la misma cancha del club. Los padres de los jugadores sacaron sillas y mesas, las madres prepararon y sirvieron lo que podían. Asistieron casi todos los miembros del club, desde los niños más pequeños hasta los veteranos, para festejar el logro deportivo más importante en la historia del barrio desde que David Herald, el padrino del club, fue campeón del país con el Marítimo en el 93, aunque sin pisar el campo de juego, veinte años atrás.

Todo el mérito era de los chicos y del cuerpo de entrenadores, que habían confiado incondicionalmente unos en otros. Cuando llegó el momento del discurso que todos esperaban, silbaron para calmar la bulla, y Fernando tomó la palabra:

—Muy buenas noches —dijo, con voz jocosa, detonando una explosión de alegría en el público.



Tenía aún la misma sonrisa, que no se le había borrado del rostro desde que Héctor estrelló el balón en el tubo, y él, después de tremendo susto, vio que era gol. ¡Le dolían hasta las mejillas! Todo el grupo silbó, pataleó, gritó, y él tuvo que permanecer un minuto más en silencio. Cuando todos juntos, sin detener el ruido, empezaron a cantar su nombre, no pudo contener las lágrimas. La bulla se hizo aún más fuerte. Algunas madres también dejaron caer una lagrimita al ver cómo ese hombre, que durante tantos años sirvió a sus hijos como un mecanismo automático, no podía contener sus sentimientos.

Finalmente, la gente se calmó un poco para dejarlo hablar:

—Estoy muy orgulloso de ustedes —continuó Fernando, con la voz cortada—. Es un logro de todos nosotros. Cada persona que está aquí presente aportó un granito de arena en este triunfo. Cada mañana, nosotros, e incluyo a los muchachos, nos levantamos a luchar. En estos momentos, nuestra vida no es fácil, pero no hay nada que sea más fuerte que un pueblo unido, honesto y trabajador.

Su voz se volvía más firme y recuperaba la imagen del hombre-roca que siempre portaba.

—Hace mucho tiempo quise hacer algo diferente en mi vida y en mi comunidad, que pudiera provocar un cambio necesario. Lo único que había aprendido a hacer bien, era jugar fútbol, y una lesión me apartó del camino. Me acostumbré a quejarme de mi mala suerte tanto como nosotros, nuestros padres e hijos, nos quejamos de nuestra situación política y económica —se hizo un silencio de cementerio y nadie más pronunció una palabra por un buen tiempo—. Pero entendí que todo empieza por mí, que tenía que dar algo para recibir a cambio. Junto con Miguel y Adrián, mis amigos de toda la vida, nos dedicamos a revivir el club, a organizarlo del mejor modo posible con las condiciones que existían. Y les quiero decir que, en medio de todas las dificultades, hoy estoy más feliz de lo que jamás he estado, porque lo que veo a mi alrededor son hombres, mujeres, muchachos, niños de buena fe, que se esfuerzan

honradamente a pesar de todo, y a través de este triunfo, nuestra próxima generación de adultos se lleva las enseñanzas más importantes que se puede obtener en la vida: dejar a un lado el egoísmo, dedicar su esfuerzo a la comunidad, dar antes que recibir, ir hombro con hombro por el mismo objetivo... Así, ¡nada será imposible!

Fernando fue interrumpido por un aplauso que se multiplicó rápidamente, pero continuó hablando:

—Solo les quiero pedir una cosa a todos: no se olviden de esto que hemos hecho. No es importante que vayamos a jugar a la Liga Nacional, que, sin dudas, es un grandísimo privilegio. Es importante que este momento lo llevemos con nosotros a través del tiempo, que siempre veamos al otro no como un amigo, sino como un hermano, que nos apoyemos mutuamente, como han hecho estos chicos para formar el gran conjunto que son hoy, y que tanto nos ha enseñado con esta gran victoria. Ellos han comprendido lo que es importante en la vida, y meto la mano al fuego por cualquiera de ellos, dondequiera que estén. No es ningún secreto que muchos de ustedes no ven más posibilidades de continuar aquí, y están haciendo planes de emigrar. Pero, independientemente de que se queden o se vayan, quiero que, para siempre, todos nos mantengamos en ese camino.

Hizo una pausa para suspirar y reanudó:

—Quiero dedicarle esta victoria a Diego Sánchez y Gabriel Ulloa. Sus padres están aquí hoy. Ángel y Lucía vinieron de muy lejos para ver el juego —Lucía estaba en el medio de todos en su silla de ruedas, junto a su esposo, y afirmaba con la cabeza—. Y mi corazón está roto porque esos dos niños no están con nosotros hoy por culpa de aquellas personas confundidas, perdidas en la vida, a quienes nadie les enseñó los valores que conocen nuestros chicos, y reaccionaron al dolor provocando también dolor y muerte... Estoy seguro que ellos sufren igual o más que nosotros, que perdimos para siempre a esos dos muchachitos. Nos merecemos una sociedad libre de ese castigo a sí misma, y la raíz de eso está en

nosotros, y en cómo vamos a vivir el resto de nuestras vidas. Los quiero. ¡Es hora de celebrar!

El impacto del discurso duró unos minutos para esparcirse, pero esas palabras y ese momento marcaron el corazón de los presentes, que, en medio de las adversidades por venir, no las olvidarían. La música fue encendida de nuevo y empezó la fiesta.

\* \* \*

Lamentablemente, en el cuerpo de entrenadores no todo estaba en perfecta sintonía. Adrián, el más viejo de los tres, entrenaba la sub-18 y el primer equipo, que nunca destacaban, y se sentía excluido del éxito del club con la sub-16. Fernando siempre se llevaba casi todo el crédito por tener el mejor grupo, y resaltaba que refutó buenas propuestas, pues verdaderamente quería continuar su misión en el barrio. Eso molestaba a Adrián, que nunca fue de interés para nadie. De tener una mejor oportunidad, no lo pensaría dos veces. Para él, no tenía sentido obstruir su propio desarrollo, ni por el barrio, ni por nadie. Fernando, también, había puesto a Miguel de segundo entrenador en el torneo, aunque era encargado de los equipos más pequeños del barrio, mientras Adrián entrenaba un grupo casi contemporáneo, y se quedó fuera de la competición más vistosa en la que pudiera participar jamás.

Por otra parte, Fernando era el responsable de administrar el presupuesto del club, y no accedió a aumentarles el sueldo frente a otro golpe de inflación que sacudió a Venezuela después de la muerte de Chávez. Adrián no deseaba morir de hambre entrenando a los bebedores de cerveza del barrio. Entonces, por medio del engaño, él tomó el dinero que le mandó al club David Herald, para la Liga Nacional. Con esa cantidad pudo arreglar sus documentos y salir a Panamá, y nadie de La Herradura volvió a saber de él.

A los chicos les dio tiempo jugar algunos partidos, pero no pudieron terminar la Apertura porque el club ya no contaba con los

recursos necesarios para jugar de visita. Además, en poco tiempo, muchos jugadores salieron con sus padres del país. Algunos legalmente, y otros no; algunos se fueron de la ciudad, otros ya no tenían tiempo para jugar fútbol, y el equipo tuvo que retirarse cuando aún faltaban varias fechas para terminar la fase regular.

Fernando sabía que el encuentro con el Sporting de Catia La Mar era el último que jugarían en el torneo. Les tocaba de local, en el estadio donde disputaron el anhelado cupo a esa liga, un sueño que ya había terminado. Él y Héctor estaban sentados en el vestuario. Casi siempre llegaban de primero porque, aun después de grande, Héctor iba con él a los entrenamientos y a los partidos, como cuando Fernando tenía que llevarlo de la mano para cruzar la calle.

Héctor estaba abatido por todo lo que había pasado, por la noticia de que no iban a jugar más. Quería disfrutar más de este torneo, pero las circunstancias ni siquiera favorecían que ese día estuviera sentado ahí, y no trabajando con su tío para asegurar su cena, la cual empezaba a escasear.

Fernando notó el ánimo de Héctor, que no había hablado en todo el camino. Pero él se había acostumbrado a ver la vida de la manera más positiva en las peores condiciones y siempre buscaba sacar alguna conclusión afirmativa.

—Lo hiciste bien, Héctor —le dijo.

—Bah... Sabes que podía dar mucho más —le respondió Héctor, sin levantar la cabeza.

—No, hombre... Íbamos forzados, con todos los agujeros que tuvimos que tapar.

—Aun así, los menores dieron la talla.

—Sí, estuvieron bien.

Un prolongado silencio tendió entre ellos, que interrumpió Héctor:

—¿Crees que volveremos a formar un buen equipo?

Fernando se rio.

—Es tu último partido con el club.

Héctor no esperaba esa respuesta. No le gustó para nada, y se quedó mudo, mirando fijamente a su entrenador, esperando explicaciones.

—Tu ciclo con La Herradura cerró, muchacho. Yo nunca quise empujarte fuera porque querías cumplir el reto con el grupo, pero ya ese grupo no está, ni el reto. Nosotros hicimos lo que podíamos hacer. Y aunque el equipo no estuvo en su óptima condición y no ganó ningún partido, todo este período tuve gente detrás de ti. No te lo hice saber porque sé que no te irías hasta terminar la Liga.

—Y tienes razón —dijo, riéndose, Héctor.

—Pero ya la Liga termina hoy, y necesitas salir adelante, güevón, ayudar a tu familia. Yo no tengo a nadie aquí, pero tú sí, y si tienes la oportunidad, no la puedes desperdiciar. Después del juego hablamos sobre tus opciones. Pero ahora disfruta vestir esta camiseta y vamos a ver si marcamos al menos un gol para no irnos en blanco.

No hacía falta responder nada a muchas cosas que Fernando decía. Empezaron a llegar los demás jugadores. Héctor vistió el uniforme y la cinta lumínica de capitán del repechaje, que ya estaba toda rota y sucia, y pensaba en cada pequeño momento de la magia de jugar con el club de su casa, que se iba para nunca volver.

\* \* \*

La Herradura no tenía chance. El rival era muy superior y estaba consciente de ello. Incluso fue generoso con los chicos del barrio, cerrando la llave de goles después del sexto, al inicio del segundo tiempo. El resto del partido lo jugaron en modo de ejercicio de conservación de balón. Aun así, los de La Herradura no dejaron de luchar y de perseguirlos por todo el campo. Fernando les había enseñado hacía mucho tiempo que no le valían los resultados sino la entrega, y trataban de sentirse ganadores aun con seis goles por debajo y sin tocar el balón en periodos hasta de cinco minutos.

Del equipo titular no quedaba ningún jugador de ataque, solo el portero, los cuatro defensas y Héctor, que batallaba en el mediocampo. Quedaba un minuto cuando él robó un pase vago en el círculo central y condujo el balón a toda velocidad hasta la línea del área, donde lo derribaron a punto de disparar a puerta. Fue lo mejor, porque se vio obligado a perfilar el balón a su pierna menos dominante, la derecha, y probablemente no acertaría, pero el tiro libre le quedó perfecto para la zurda.

Era la última jugada, sin nada que perder, y había que disfrutarla. Héctor no se resistió a la tentación de dirigir la pelota al ras del suelo por debajo de la barrera y por primera vez le salió a la perfección. El balón entró a la red pegado al primer poste, y el chico cayó de rodillas con un grito apasionado, apretando los puños y disfrutando tan esperado momento, mientras sus compañeros festejaron el primer y el último gol del torneo a su alrededor como si les valiera la victoria de un mundial.

El encuentro finalizó y Fernando se dirigió al banquillo del rival. Ya estaba acostumbrado a que los de Primera no se paraban para ir a saludarlo, pero esta vez le tocó uno menos engreído.

—Buen partido, macho —dijo el entrenador rival, con marcado acento español.

—Buen partido...

—El 10 la mueve, ¡eh! ¡Y qué golazo!

—Sí, es un buen jugador. Dieciséis años. Nativo del club de toda la vida.

—¿Y tiene nombre?

Fernando no entendió el sentido de la pregunta, pero captó el humor jocoso del español y sonrió:

—Sí, tiene nombre y apellido. Héctor Villamar.

\*\*\*

Para acceder a la versión completa,  
entre al siguiente enlace

BELYAKOVBOOKS.COM >

“El fútbol, ese cosmos de pasiones mundiales y violenta belleza, crudo y arrasador como la propia vida, tiene en esta novela tribunal y palacio. Descarnada, realista, inaugura el camino que empezará a transitar un adolescente, huérfano de padre, en un barrio paupérrimo de una Venezuela deshecha, que lo obliga al dolor y al exilio. Primera de una saga que llevará a su protagonista en un viaje intercontinental pateando y persiguiendo sueños en forma de balón, descubrirá para todos, quizás por vez primera, muchas zonas oscuras veladas tras la fama, los flashes, los millones de dólares y el “glamour” de un deporte que sigue dirimiéndose a “puros golpes”, así en la cancha como fuera de ella.

---

— Rafael J. Rodríguez Pérez

Cautivante de principio  
a fin. La historia te invita  
a adentrarte y a ser parte de la  
misma. Las emociones fluctúan,  
los sentimientos afloran...  
ansiosamente entretenida.

---

— Juan A. Herrera Maluf

Una historia aleccionadora,  
bellamente escrita  
y ricamente detallada.  
Atrapa la atención desde las  
primeras páginas y no suelta  
al lector hasta el final.

---

— Daniela Espinal Fondeur

  
**BELYAKOVBOOKS**  
PUBLISHING

ISBN-13: 978-9945-09-8761  
ISBN-10: 9945-09-8764

